

Carmen Villoro

Poeta, ensayista y psicóloga mexicana.
Textos tomados de su libro *El habitante*,
Ediciones Cal y Arena, México, 1997.

El Balcón

El balcón es un espacio de transición. Entre el adentro y el afuera el balcón navega, se disipa, se hace tan amplio como el ensueño de quien lo habita. Para un niño pequeño, es el primer lugar de contacto con el mundo externo. Sorprendido, advierte desde ahí el bullicio y la multiplicidad de ese universo complejo al que llamamos "calle" y que es presagio y señal de eso otro, inabarcable y fascinante que nombramos "ciudad". El asombro del niño en el balcón vuelve cada vez que accedemos a ese espacio, nos amplía el horizonte, nos abre ventanas en la piel, nos recupera el desconcierto. Habitamos el aire cuando abordamos su abismo contenido, su vacío bien delimitado. Su condición de proa nos convierte en navegantes de aguas cotidianas. Desde el balcón se miran las preocupaciones como si fueran detalles del jardín o de las otras casas, o como si flotaran con las nubes y nuestra imaginación, por fin, pudiera darles forma.

Desde adentro el balcón es calle; desde afuera casa. Para quien se encuentra en él, las escenas de la vida exterior se precipitan ajenas y distintas como en una película. Para quien observa desde afuera, los habitantes del balcón se convierten de inmediato en personajes: un niño con las piernas enroscadas en las rejas, unas muchachas platicando, riendo, apoyadas sobre el barandal, una anciana regando una maceta son, para quien las admira, escenas plásticas que bien podrían quedar plasmadas en un óleo.

Desde un balcón se anhela, por eso es el lugar del coqueteo y del amor. Es el símbolo más perfecto del deseo: para el que está afuera, de intimidad; para el que está adentro, de fuga.

De balcón a balcón las mujeres intercambian la tarde, los niños sus juguetes, los amantes sus besos, los viejos la nostalgia. Es el lugar de encuentro de la luz y la sombra, del frío y del calor, del ruido y del silencio.

Abajo pasa la prisa. Arriba, en el balcón, el tiempo espera. ☉

BALCÓN

Plazas

Las plazas fueron creadas especialmente para no hacer nada. Quien concibe una plaza sabe que el espíritu necesita esos espacios de ocio donde el tiempo real parece suspenderse para dar paso al tiempo interior que tiene otro ritmo, que se rige por el reloj de la sangre y por el compás de la respiración. Sentarse en la banca de una plaza es permitirse, entre el barullo de la ciudad, un contacto íntimo con el cuerpo y el pensamiento. Miramos una fuente, las hojas de los árboles que sacuden diferentes tonos de verde, escuchamos a los pájaros entre las ramas o levantamos la vista hacia el cielo y nos reconciamos con el día: las horas por venir serán siempre mejores después de haber estado en una plaza.

Los fines de semana las plazas se divierten. Toca el cilindrero sueños viejos o la banda deja caer sus gritos de metal. Las nubes bajan en forma de algodones para pintar las bocas de los niños. Hay aeroplanos y paracaidas diminutos salpicando el aire y las copas de los árboles.

Algo tiene el kiosco de carrusel, alrededor de él giramos al ritmo de una melodía silenciosa.

En las plazas volvemos a ser novios y niños. El amor florece entre los arbustos. Suenan los besos a paleta de limón y raspado de grosella. La imaginación se despliega en globos de colores.

La plaza es a la ciudad lo que la pausa a la palabra, ese espacio que le da sentido a lo que precede y sigue, el momento en el que se cobra consciencia del propio discurso, de la propia existencia. Su disposición arquitectónica de explanada en medio de edificios la convierte en un oasis horizontal entre nuestros verticales hábitos urbanos.

Es la plaza una llanura pequeña, un estanque de asfalto visitado por el viento.

Las ciudades sin plazas se amotinan, se estresan, se van muriendo, son ciudades enfermas y cansadas. Las plazas son punciones, heridas si se quiere, que necesita la ciudad para exudar de casas y calles sus tóxicos secretos.

En las noches las plazas son los sueños de los barrios. A ellas llega la luna y se sienta a la orilla de la fuente para esperar que amanezca en la ciudad adormecida. ☼

PLAZAS